

## Métrica 6

Casi siempre llovía. Eran tiempos desbordados de días grises. O siempre era invierno o hubo muchos días tristes durante aquellos años largos y estirados como su propia adolescencia.

Santi empezó a trabajar muy joven. A los trece años “le pusieron” a ganarse un jornal en el taller de un primo de su padre, en Torrejón de Ardoz. Hacía poco que él y su familia se habían trasladado de Puertollano a Alcalá de Henares. Su padre había sido minero y su madre costurera en el pueblo. Él era el mayor de los cinco hermanos y ya había llegado la hora de ganarse la vida y ayudar en casa.

Desde los trece hasta los dieciocho años fue aprendiz de orfebre en la calle Brújula.

Todas las mañanas cogía el ferrobús para ir desde su casa hasta el taller, atravesando la luz difícil del amanecer. El ferrobús era un tren de cercanías. También era gris y estaba lleno del humo que madrugaba junto con los trabajadores, vecinos la mayoría. Paseaba su sueño en el rostro, consolándose con la tibieza de la tartera donde llevaba la comida del mediodía. Luego, cuando llegaba, nada más poner pie a tierra, se encontraba cara a cara con la casa de Helio, uno de los oficiales del taller. Casi desde el principio habían adoptado la costumbre tácita de hacer el recorrido juntos. Santi llamaba a la puerta y Helio le abría o su voz envuelta en café y leche le animaba a entrar desde la cocina. Siempre le tenía preparado un vaso de leche con cacao, que a Santi le sabía diferente al que tomaba en su casa. Estaba convencido que era obra del vaso, una reliquia de saldo, algo desportillado, pero con unas filigranas hendidas, semejantes a flores y enredaderas que a él le parecían muy hermosas. Desde que había empezado a trabajar en el taller, soñaba con poder hacer algo así en plata. Por lo demás, nunca supo el por qué de aquel cuidado.

Por fin salían a la calle. Veinte minutos andando y a las ocho y media llegaban al taller. A veces había que esperar un poco al jefe, su primo segundo, Francisco. Cuando por fin llegaba siempre venía con la prisa en bandolera, el bigote negro y húmedo, para justificar

su retraso como algo natural en un hombre con tantas obligaciones como las que él tenía.

El taller era un edificio pequeño, una nave baja en medio de la zona industrial de Torrejón. Tenía un piso encima donde estaban los vestuarios y una cocina grande en desuso. En primavera, la pequeña escalera exterior que llevaba directamente desde la calle al primer piso, abrumada por una enredadera de verde brillante, daba un aire bucólico y dulce al taller, que no se correspondía en absoluto con la realidad. El taller era tétrico y frío en invierno, y caluroso y agobiante en verano.

Santi era el aprendiz. No era nadie, pero lo era todo.

Aparte del jefe, Francisco, el resto del personal estaba compuesto por operarios más o menos veteranos que confiaban las partes más repetitivas y duras de su trabajo a Santi.

Poco a poco iban llegando el resto de los operarios, llenando de un timbre bronco y hombruno el aire del taller.

- ¡Niño...! –empezaba oírse, a modo de saludo.

Ése fue su nombre durante cinco años.